

CAPÍTULO UNO

La campaña

LA HABANA, MARZO DE 1961

—¡Aaayy!

Nunca había oído un grito como aquél en mis trece años de vida, salvo la vez que le pisé la cola al gato por accidente. Ahora se trataba de la voz de mi mamá, que ponía el grito en el cielo.

Mi padre, que solía ser muy tranquilo, también se había sobresaltado. Sacudía la cabeza y caminaba como león enjaulado:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Lora! ¡Lora! ¡Lora! Esto es inaudito. *¿En qué estabas pensando?* —en ese momento creí que él iba a romper en pedacitos mi hoja del permiso, pero la hizo bolita y la arrojó a la basura—. Ya: no quiero oír más de estas tonterías —me dio un golpecito en la cabeza y le hizo un gesto a mi madre, quien trataba de contener su llanto—. Tu abuela está descansando.

Pero era demasiado tarde. La abuela ya estaba ahí, de pie, en la puerta de nuestro cuarto; todavía traía el pelo revuelto por la siesta y tenía una cara que parecía que le habían salido mil arrugas nuevas.

—¿Qué pasa, Paulo? —preguntó—. ¿Qué es eso tan inaudito?

—Ésta... ésta... —comenzó a decir mi padre.

—Mi bebé —interrumpió mi madre, con las lágrimas a punto de comenzar otra vez.

—Esta nieta tuya —dijo mi padre mirando a mi madre con severidad—, *esta nieta tuya* cree que la vamos a dejar que eche a perder su vida.

—Eso no es posible, Lora —dijo mi abuela y comenzó a envolverse la cabeza con su mascada. Su cabello gris era muy delgado y le gustaba cubrir su calvicie. Se veía tan chiquita, tan frágil. Yo no quería molestarla.

—No quiero echar a perder mi vida, abuela, de verdad. Yo quiero...

—No tienes idea —dijo mi padre, pero la abuela levantó su pequeña mano.

—¿Por qué no nos sentamos todos? Tú también, Paulo, y así Lora me puede explicar con tranquilidad qué es lo que pasa. No me gusta que interrumpan mi siesta y, mucho menos, la paz de mi familia.

Los tres esperamos a que la abuela terminara de anudarse la mascada y se sentara cómodamente en su mecedora. Mis padres se desplomaron en el sofá y yo me senté en el banquito, cerca de la silla de la abuela.

—Ahora —dijo mirándome directamente—, cuéntame cómo se supone que vas a echar a perder tu vida.

—Ella cree... —comenzó mi padre.

—Shhh. Le estoy preguntando a Lora.

—Abuela, ¿tú te acuerdas de que en el verano Fidel Castro le dijo a las Naciones Unidas que Cuba se convertiría en un país alfabetizado en un año? —le pregunté.

Ella asintió.

—Sí, eso dijo.

—En verdad lo vamos a hacer, abuela. ¡De verdad! Y yo quiero ser parte de eso.

Papá se inclinó hacia delante, a punto de interrumpir, pero de nuevo la abuela levantó la mano.

—¿Y cómo quieres ayudar, Lora?

—Bueno, hoy vi un póster pegado en la escuela. El gobierno está llamando a todos los que sabemos leer y escribir para que les enseñemos a los que no saben. El póster decía...

—Eso no significa —dijo papá— que el gobierno espera jovencitas de trece años, que nunca han dejado sus casas y cuyos padres se encargan de cuidarlas y protegerlas.

—Si el gobierno no está buscando jovencitas, ¿por qué hay un póster en una secundaria para niñas? —preguntó la abuela.

—No tiene sentido —dijo papá entre dientes.

—¿Qué decía el póster, Lora?

—Llamaba a todos los jóvenes a formar un ejército de maestros de alfabetización. Decía: “El hogar de una familia de campesinos que no saben leer ni escribir te está esperando ahora. ¡No los decepciones!”.

—¿Y qué te hizo pensar que esa convocatoria era para ti, Lora?

—Yo sé leer y escribir; de hecho soy muy buena estudiante. ¿No debería compartir lo que sé con quien lo necesita? ¿No es lo que siempre nos has dicho, papi, que nosotros los niños debemos de compartir lo que tenemos con los que son menos afortunados?

—No me refería a...

—Tus padres te han educado bien, Lora. A nosotros se nos pide que compartamos lo que tenemos con quienes son menos afortunados que nosotros.

—Pero la niña no tiene idea de lo difíciles que son las condiciones en el campo. No hay electricidad. No hay agua entubada... —objetó mi papá, pero mamá lo interrumpió.

—Yo he oído que esos campesinos no tienen *ni baños* —la angustia en la voz de mi madre era evidente.

—A duras penas has salido de La Habana... —añadió papá.

—Nunca has pasado una sola noche fuera de casa, ni siquiera te has quedado a dormir en la de mi madre —se lamentó mamá.

La abuela escuchó sus quejas antes de dirigirse a mí.

—Será muy duro —dijo—. Tu padre tiene razón. No te imaginas qué duro.

—Lo sé —dije, aunque en realidad no sabía nada; sólo que quería ser parte de la campaña. La niña del póster traía su uniforme. Miré su sonrisa y por primera vez en

mi vida me imaginé lo que se sentiría ser completamente libre, sin nadie que me dijera que no podía jugar en el sol o ensuciar mi vestido. No quería pasarme los próximos años de mi vida sentada, quietecita, hasta que llegara el día en que estaría lista para un buen matrimonio. Quería hacer algo, ser alguien.

Mi padre se puso de pie.

—¿Quieres echar a perder tu vida?

—No. Quiero vivirla.

—¿Y romperle el corazón a tu madre?

—No, no, papi. Quiero que los dos se sientan orgullosos de mí.

—Mataron a ese muchacho —pronunció esas palabras entre dientes mientras se dejaba caer en el sofá, con la cabeza entre las manos. El corazón me dio un vuelco. Todos conocíamos la historia del alfabetizador al que mataron los bandidos en enero.

Durante un largo rato, o lo que a mí me pareció un largo rato, nadie dijo nada. Por fin la abuela se inclinó hacia mí y me puso su pequeña mano en el hombro, pero estaba mirando a papá.

—¿Recuerdas, Paulo, cuánto hemos esperado y rezado por un nuevo día en el país? —le dijo—. Bueno, pues ha llegado ese nuevo día por el que tanto hemos rezado y por el que tu hermano murió.

Yo miraba a mi abuela, no a papá, pero el suspiro que él soltó fue más profundo que un simple sollozo.

La abuela se quedó en silencio por un minuto y luego siguió:

—Hijo mío, con un nuevo día viene gente nueva. Los que somos viejos debemos aprender de los jóvenes cómo cambiar —me dio un golpecito en el hombro—. Sé que va a ser difícil, Lora, más de lo que imaginas. Así que, ¿me prometes que te regresarás a casa si las cosas se ponen muy difíciles?

Asentí con la cabeza.

Se puso a analizar mi cara como si estuviera leyendo mi corazón. Al cabo de un rato dijo:

—¿Tenemos que firmar algo?

—Papi no quiere.

Suspiró.

—Supongo que entonces yo debo hacerlo. Tráeme los papeles.

No me atreví a mirar a mis padres. Saqué de la basura la hoja toda arrugada y la metí en un libro para alisarla. Luego fui por una pluma y se la llevé junto con el papel a mi abuela, pero en ese momento papá ya se había levantado.

—Lora, ¿de verdad me prometes que te regresas a casa si las cosas se ponen muy difíciles?

—Lo prometo.

Papá extendió su enorme mano.

—Entonces dame a mí el papel. Es mejor si yo lo firmo. Soy tu padre.

Oí que mamá sollozaba, pero mantuve la mirada en la sonrisa de mi abuela.

CAPÍTULO DOS

De vuelta al comienzo
LA HABANA, DE 1947 A 1958

Aunque con la ayuda de la abuela había ganado la batalla para unirme a la campaña, me sentía nerviosa. Nunca me había gustado ir en contra de mi padre y cuando lo hacía me sentía muy mal. Con mi madre la cosa era distinta. Ella tenía sus ideas sobre cómo debía ser una chica. Mis hermanos, Silvio y Roberto, podían pelearse como gatos de callejón y mi madre sólo los miraba con una sonrisa, pero si yo me metía en una pelea con ellos: ¡Cuidado! Eso no era para señoritas. Ellos podían jugar todo el día bajo el sol del verano, pero yo tenía que meterme después de unos minutos para que no se fuera a arruinar mi hermosa piel.

Los primeros tres años de mi vida fueron una bendición. Yo era la hija única adorada y la única nieta de ambos lados de la familia. Y entonces, ¡pum! Todo cambió de la noche a la mañana cuando nació mi hermano Silvio. Para empezar, la mamá de mi mamá estaba tan emocionada que parecía que el cielo había llegado a la tierra.

Pedro, su propio hijo, era un mujeriego que no pensaba en el matrimonio para nada y mi mamá sólo le había dado una nieta hasta ese momento. Después de que nació Silvio, la abuela insistió en que cruzáramos hasta el otro extremo de la ciudad cada domingo para visitarla. Yo odiaba esas visitas. No podía entender por qué mi madre me hacía ir a mí también. Esa abuela no me hacía ningún caso; tenía a su querido Silvio acurrucado en los brazos para arrullarlo.

Cuando Silvio aprendió a caminar y a hablar, yo comencé a decirle lo que debía y no debía hacer, como creía que era mi derecho, pero si mi madre me escuchaba ordenándole a Silvio que me diera su galleta, me regañaba. Hería mi orgullo. Yo era la mayor y él apenas un bebé. Por supuesto que debía obedecerme. Yo no era mandona: era la jefa. Ya casi lo convencía de esto cuando, ¡zas! Nació Roberto. Muy pronto Silvio decidió que él era el jefe. Y mi madre lo apoyaba.

—Ahora eres el hermano mayor —le decía.

Un día le recordé a él que yo era la mayor y se puso las manos en las caderas, echó hacia atrás la cabeza y dijo:

—¡Pero tú sólo eres una niña! —así que por supuesto le pegué. Se puso a llorar y mi madre, a su vez, me dio un golpe. Entonces me llevé al gato y me acosté en mi cama a llorar.

El año en que nací, el padre de papá murió y nos fuimos a vivir con mi abuela. He dormido con ella en la misma

habitación desde que tengo uso de razón. Éramos muy cercanas. Pero cuando me quejé con ella de lo injusta que había sido mi mamá conmigo, hasta ella me regañó por haberle pegado a mi hermano.

Yo sé que mi abuela me ama, pero tiene un lugar especial en el corazón para Roberto. Esto es porque su hijo Roberto, el hermano menor de mi padre, fue uno de los jóvenes a los que mataron en lo que se conoce como el Movimiento 26 de julio contra el general Batista. Mi hermano nació al mes siguiente y por eso le pusieron el nombre del tío que nunca iba a conocer.

Desde luego, yo era tan celosa como puede serlo una niña de cinco años, pero hasta yo podía percibir que la abuela necesitaba a aquel bebé en esos momentos de pena, así que me guardé mis comentarios excepto para el gato, al que le susurraba cosas mientras lo estrujaba hasta que maullaba y se escabullía de mis brazos.

Yo era celosa, pero no odiaba a mis hermanos. Cuando no había adultos interfiriendo, jugábamos juntos muy felices. Además, contaba con un hechizo mágico para encantar a los pequeños diablitos: podía leer de corrido. Cuando les leía un cuento se sentaban casi quietecitos para escuchar. “Léelo otra vez”, me rogaban. Y yo lo hacía.

No éramos una familia de mucho dinero. Nuestro departamento era pequeño. Yo dormía en un colchón en la habitación de la abuela y mis papás dormían en la otra. Mis hermanos compartían otro colchón en un rincón de